



RESEÑA

MARÍA RUBIO JUAN

Universidad de Salamanca, España

Echeverría, J. (2023). *Leibniz, el archifilósofo*. Plaza y Valdés Editores. ISBN 978-84-17121-72-3. 381 páginas.

Suele decirse que en Leibniz, el «filósofo de los principios» le llamó Ortega, se produce la culminación del racionalismo moderno, un periodo de gran actividad metafísica, y la anticipación de ideas Ilustradas. De hecho, Javier Echeverría afirma que con la *Teodicea* de Leibniz se inaugura una nueva etapa en la historia de la filosofía, la «filosofía crítica prekantiana» al introducir la justicia divina como un nuevo trascendental (p. 263). Leibniz fue un hombre de saber enciclopédico, y en su filosofía se dan cita, de manera honesta y sin esconderlos, filósofos y pensadores de todas las épocas, tanto antiguos como modernos; desde Descartes, pasando por Suárez y hasta sus contemporáneos, como Spinoza o Locke, entre otros. Es decir, en Leibniz encontramos una revisión o mediación crítica y una síntesis entre lo antiguo y lo nuevo, pues vuelve a utilizar ideas aristotélicas fundamentales y de la escolástica medieval, y complementa todo esto con el estudio de las matemáticas, de las ciencias naturales, etc., luciendo así su dominio de todas las tradiciones y dimensiones filosóficas, teológicas y científicas. Tal vez porque Leibniz fue «el último pensador de su época» es porque recoge y cierra las ideas de los que le precedieron, crea a partir de ellas un nuevo sistema, y con esto anticipa algunas de las bases del pensamiento de los que le sucedieron, tanto en el futuro inmediato como algunos siglos después, cuando todavía se siguen editando y publicando sus manuscritos inéditos, por lo que el filósofo sigue estando en completa actualidad. Podríamos decir que Leibniz encarna la tarea del filósofo, entendiendo la filosofía como el deseo de saber, una tarea que abarca una gran variedad de prácticas y saberes y que posee una clara pretensión universalizante. Es por ello que Javier Echeverría concede a Leibniz el título de «*pluquam-filósofo*» o, mejor, «archifilósofo».

Tal consideración de Leibniz es fruto de su incansable trabajo y su filosofía dialógica, la cual le permitió intercambiar una enorme correspondencia con nobles e intelectuales de casi todas partes del globo. En su correspondencia destacan las mujeres nobles, sobre todo Sofía de Hannover y su hija Sofía Carlota, a quienes Leibniz dedicó dos tratados y, aunque, como apunta Echeverría, Bertrand Russel en su tesis doctoral sobre Leibniz no le concediera a sus intercambios epistolares una especial relevancia, lo cierto es que su filosofía está mejor expuesta en sus cartas que en los artículos que publicó, y las conversaciones que mantuvo tanto con ellas como con otras interlocutoras femeninas fueron clave en la conformación de su sistema filosófico. No obstante, y a diferencia de eminencias como Darwin, que a pesar de mantener una amplia correspondencia no hicieron demasiado trabajo de campo, Leibniz no fue una rata de biblioteca, sino que ejerció varias profesiones que le permitieron recorrer muchas ciudades del mundo, conocer diversos oficios, establecer relaciones con las academias científicas de París, Londres y Roma, de las que fue miembro correspondiente extranjero, y poner en práctica su lema «*theoria cum praxis*».

Javier Echeverría estudió matemáticas y se doctoró en Filosofía, y más tarde adquirió el título de doctor de Estado en Letras y Ciencias Humanas por la Sorbona con una tesis sobre Leibniz. Es catedrático de Universidad y fue vicepresidente de la Sociedad Española Leibniz, filósofo del cual transcribió diversos manuscritos inéditos sobre matemáticas. La presente obra no es su primera publicación sobre Leibniz, sino que ya en 1982 publicó un libro titulado *Leibniz: el autor y su obra* y, además, se ha ocupado de la traducción y edición de algunas obras del propio Leibniz, como *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, *Filosofía para princesas* o *La Caractéristique Géométrique*. Esta reputada trayectoria como estudioso de Leibniz se ven claramente reflejadas en la claridad expositiva y la densidad de conocimiento recogido en este nuevo *Leibniz (el archifilósofo)*, donde el autor introduce algunas hipótesis acerca de los «misterios leibnicianos», aspectos tanto de su vida como de

su obra que no tienen todavía una explicación aceptada de manera unánime. No obstante, consideramos que el interés principal de esta obra reside en el modo de presentar las aportaciones de Leibniz, pues, aunque los capítulos distinguen etapas de su vida, dichas aportaciones se encuentran divididas en sus distintos «cadáveres», además del misterio inteligentemente suscitado en torno al relato de la muerte del *archifilósofo*.

En el Prólogo de *Leibniz, el archifilósofo*, Javier Echeverría cuenta que, en sus últimos días, Leibniz dijo: «quien me conoce por lo que he publicado, no me conoce» (p. 14). Esta, nos atrevemos a decir, es la idea que recorre todo el libro, un libro que nos presenta lo que sabemos de las dos vidas de Leibniz —una corporal y una *post mortem* que todavía no ha finalizado—, los tres relatos de su muerte y sus cinco cadáveres. Decimos que esta es la idea que vertebra el libro porque en él Echeverría lleva a cabo una labor de contextualización de todas sus obras y versiones de sus obras que mandó por carta a sus distintos interlocutores —la *Monadología*, por ejemplo, tiene hasta cinco versiones, y la más extendida no fue la versión completa—, intercalando esta exposición con las experiencias vitales de Leibniz, desde su «año admirable» en París hasta su «*annus horribilis*» causado por las intrigas que la Royal Society y Newton, que era su presidente, urdieron contra Leibniz. Como señala Echeverría, «es importante delimitar cuándo surgen sus conceptos principales, cuándo los comunica a alguien y cuándo los publica» (p. 145). Por ello, revisten importancia sus relaciones diplomáticas, expuestas en profundidad en el libro, ya que fueron este tipo de encargos los que le permitieron viajar tanto, sobre todo su labor como historiador de la Casa Braunschweig-Lüneburg. A continuación apuntaremos brevemente algunas ideas sobre las dos vidas de Leibniz y dos de sus cinco cadáveres, e invitamos al lector a que descubra por sí mismo el misterio acerca del cadáver orgánico —«*Osa Leibnitii*», como reza la leyenda sobre su sepulcro— de Leibniz y los tres relatos de su muerte, tan solo adelantando que durante siglos se convivió con el relato equivocado.

Ante la pregunta de por qué Leibniz publicó tan poco habiendo escrito tanto, lo que Echeverría denomina «misterio leibniciano», el autor plantea tres posibles hipótesis (pp. 105-108):

- 1) Casi todo lo que escribió eran borradores y, dado su afán por buscar siempre lo mejor y no conformarse con lo bueno, Leibniz sabía que esos borradores eran mejorables o que podían servir como pasos previos para investigaciones posteriores.
- 2) Leibniz investigaba y tomaba notas mientras leía, y tras leer esas notas volvía a escribir sobre ellas porque se le ocurrían otras nuevas. Una vez se tornaba ilegible, comenzaba a escribir sus ideas en otro lado, donde también volvía a escribir. Y así una y otra vez, lo cual dificultaba la constitución de un manuscrito final legible y completo.
- 3) Tomando su método de definiciones y demostraciones, trató de aplicarlo en la crítica de las definiciones de sus predecesores y contemporáneos para, o bien afinarlas, o bien proponer conceptos nuevos y demostraciones, como es el caso del argumento ontológico y el concepto de Dios. Sin embargo, sometió sus mismos conceptos a crítica y no los consideró definitivos, sino más bien hipótesis sujetas a posibles pruebas.

En su vida terrenal, Leibniz hizo aportaciones a la metafísica, al derecho, a la biblioteconomía, a la religión, la historia como ciencia empírica, la lógica, la física, las matemáticas y la metodología de la ciencia. Fue empresario e inversor en las minas del Harz, además de diplomático y defensor del proyecto irenista y el de su *characteristica universalis*. Hizo alguna incursión en la ingeniería, y también en la economía, la política y la organización social, convirtiéndose en uno de los grandes teóricos del capitalismo a finales del siglo XVII. Asimismo, Leibniz fue un adelantado a su tiempo y avanzó ideas de la paleontología y la geología y fue precursor de la teoría de la computación, la Inteligencia Artificial y la neurociencia. Leyó a Descartes, Boyle, Gassendi, Suárez, Bacon, Cardano, Hobbes o Locke, entre muchísimos otros. Un sistema filosófico de tal embergadura no puede surgir de la nada, sino que necesita una metodología que Echeverría denomina «metodología leibniciano», la cual consiste en dos reglas fundamentales: por un lado, «no aceptar ningún término sin definición» y, en segundo lugar, «no aceptar ninguna proposición sin demostración» (p. 35); es decir, se trata de un método de análisis, definiciones y demostraciones. Debido a este método, Echeverría apunta a lo largo de la obra un gran número de cuestiones en las que Leibniz se distanció de Descartes. Una de ellas es el concepto de Dios, asunto en el que trató de mediar, siguiendo el estilo de su filosofía dialógica, entre Descartes y Spinoza, formulando un nuevo concepto de Dios según el cual se distinguía entre entendimiento y voluntad divina, igual que hacía Descartes, pero negaba la voluntad absoluta de esta voluntad divina, como Spinoza, aunque sin llegar al necessitarismo, sino quedándose en la armonía y el «principio de lo mejor» (p. 84). Leibniz tuvo siempre en alta estima a Spinoza, y su encuentro es unos

de los más memorables momentos de la historia de la filosofía, encuentro del que Leibniz tomó notas. Echeverría establece una analogía con estos dos pensadores y los filósofos de lo uno y lo múltiple, Heráclito y Parménides, considerando que «Spinoza era parmenídeo y Leibniz, heracliteano. Precisamente por ello las conversaciones entre ellos fueron intensas y prolongadas» (p. 85).

Del mismo modo, Leibniz intentó mediar también entre el racionalismo y el empirismo en sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, donde plantea un diálogo entre Locke (que en el diálogo está representado por Filaletes) y él (que en el diálogo viene a ser Teófilo). Este intento de mediación, al igual que el intento de conciliar las iglesias, es una muestra palmaria tanto del carácter dialógico de la filosofía de Leibniz como de, según lo denomina Echeverría, su «pluralismo filosófico». Este carácter de no enfrentamiento, sino de diálogo, le permitió practicar su *ars invendi* e introducir nuevos conceptos gracias a las objeciones que le planteaban y que él leía con atención y respondía. El concepto de «armonía preestablecida», por ejemplo, según cuenta Echeverría, lo introdujo en respuesta a Simon Foucher, quien sugirió a Leibniz hablar de relojes, siendo este el origen de la famosa y extendida metáfora de los relojes coordinados. Este carácter dialógico no es mera empatía, sino que implica un diálogo racional con el otro (p. 290).

Su vida tuvo luces y sombras. Entre las luces destaca su «año admirable» o «año milagroso parisino», como lo llama Echeverría, año en el que llevó a cabo numerosos avances en matemáticas y apuntó algunas de las ideas que conformarían más tarde su sistema metafísico. Por el contrario, su *annus horribilis* se dio en los últimos años de su vida a causa del debate en torno a la prioridad en el que Newton y la Royal Society trataron de echar por tierra de manera injustificada y muy poco honorable la reputación de Leibniz. Newton y Leibniz estuvieron en desacuerdo en muchas cuestiones, como es el caso de la tesis newtoniana de la atracción a distancia, pero también se reconocieron algún que otro mérito mutuamente, e incluso Leibniz llegó a animar a Newton a que publicara su método del cálculo de fluxiones, pues en la *Epístola posterior* solo se mostraban sus resultados. Ante este hecho, Echeverría nos invita a preguntarnos: ¿Acaso iba un plagiador a animar a su plagiado a publicar el método utilizado y dejarse en evidencia? Echeverría narra en el libro los detalles de esta discusión, así como los malos gestos que Newton y los newtonianos tuvieron con Leibniz aun después de la muerte de este último, hecho que resulta llamativo ya que sus cálculos ni siquiera eran equivalentes, contrariamente a las conclusiones extraídas por la Royal Society. Este caso es diametralmente opuesto a lo sucedido mucho tiempo después con Darwin y Wallace, pues ambos llegaron a la misma teoría por vías distintas y, dado que Darwin no había publicado todavía el *Origen de las especies*, y a pesar de que gozaba de los privilegios de formar parte del ambiente científico de la época y de que sus compañeros le instaban a quedarse con la prioridad del descubrimiento, Darwin se comportó de manera muy honrada, siguiendo su idea de que el objetivo de la ciencia no es el reconocimiento, sino el deseo de llegar a la verdad, de modo que mandó el manuscrito a Lyell, respetando así la prioridad de Wallace. En la carta a Lyell dice: «ciertamente yo estaba un poco molesto por la pérdida de toda autoridad, pero resignado a mi destino» (Browne, 2002, p. 30).

En cualquier caso, el debate en torno al cálculo diferencial y el de fluxiones, su equivalencia o no —que, como muestra con algunos detalles Echeverría, no lo eran— y el posible plagio, muestra la importancia de la prioridad en la ciencia y que, como bien nos dice el autor, «para hacer matemáticas se requiere leer, meditar, escribir borradores y elaborar manuscritos, pero los resultados finales dependen de la valoración que hagan los demás. Los resultados obtenidos al investigar devienen auténticamente cuando han sido evaluados, y luego publicados» (p. 60). Aunque en ese momento Leibniz no obtuvo el reconocimiento de sus pares, la verdad siempre acaba venciendo —*vincit omnia veritas*—, y aunque el segundo cadáver de Leibniz, que fueron sus notas, archivos, cartas y manuscritos de Hannover quedaron allí confinados, su quinto cadáver, constituido por las cartas y documentos que envió a lo largo de su vida, se encontraba repartido por toda Europa y se volvió incontrolable. «El quinto cadáver de Leibniz se le fue de las manos al rey de Inglaterra y Leibniz pasó a la historia, aunque poco a poco. De menos a más, como en el siglo XXI está claro» (p. 359).

Por último, para concluir queremos rescatar una idea que Echeverría menciona al inicio del libro, en el Prólogo, y que, tras su repaso por la vida y obra de Leibniz creemos que no solo sirve de introducción, sino también como reflexión final, y es que «el vocablo *filósofo* está devaluado en el siglo XXI. Su campo semántico actual parece estar reducido a profesores de Filosofía, pensadores de moda y hermeneutas de pensadores muertos. En tiempos de Leibniz, la filosofía abarcaba un océano de saberes y proponía teorías universalizantes» (p. 12). Es decir, la filosofía no era un amor a tal o cual saber, sino amor al saber, en general. Además, «Leibniz entendió la filosofía como una experiencia

conceptual continuada, siempre a la búsqueda de mejores nociones, mejores demostraciones, mejores argumentaciones y mejores ejemplos» (p. 145), una forma de entender la filosofía similar a la de un pensador mucho más reciente, Hilary Putnam, quien tras cambiar de postura filosófica en varias ocasiones, defendió que «La tarea de un filósofo no consiste en crear una teoría X y luego, en la medida de lo posible, ser universalmente conocido como el “Señor Teoría X” o la “Señora Teoría X” [...] La filosofía no es una disciplina que conduzca a soluciones definitivas» (Putnam, 1991, p. 14), sino que está en constante revisión. Por consiguiente, el presente libro resulta oportuno y de especial relevancia en tanto que cuestionamiento y reflexión del modo actual de hacer filosofía, alejado de la *praxis* y del constante análisis constructivo, revisión y perfeccionamiento al que Leibniz sometió no solo su filosofía, sino a toda la historia de la filosofía anterior a él, y nos sirve de advertencia ante la sostenida tendencia de especialización en todos los ámbitos del conocimiento, que son más bien tomados como compartimentos estancos en lugar de establecer un diálogo racional entre ellos, al modo de la filosofía dialógica leibniziana.

Referencias

- Browne, J. (2002). *Charles Darwin: el poder del lugar. Una biografía*. Publicacions de la Universitat de València.
- Putnam, H. (1991). *Representation and Reality*. MIT Press. [Traducido al español: *Representación y realidad*, Editorial Gedisa, 2000].